

*Discurso leído en la solemne colación de grados de 8 de diciembre de 1915, por el señor académico doctor Arturo Pitt, en nombre de la Universidad.*

---

Señor Rector:

Señores Académicos:

Jóvenes graduados:

Me ha correspondido, en buena hora, la grata tarea de representar a nuestra Universidad en el día de los clásicos regocijos, en el cual vosotros, jóvenes graduados, venis a ofrendar gratitudes a los que fueron vuestros profesores, antes de abandonar definitivamente esta Casa, en cuyas aulas dejais bien marcada la huella de vuestro paso.

Maestros de justa y merecida fama han hecho oír su grave y autorizada palabra en estas fiestas que se vienen sucediendo desde años atrás, y todos han recordado con frases que han de perdurar por siempre, las páginas brillantes de estos claustros, por donde han desfilado los hombres más eminentes del país y de donde han surgido generaciones de talentosos encargados de hacer efectivo el *ut porten nomen meum coram gentibus*.

Gratisima es, sin duda alguna, esta hora para los que hemos transmitido a vosotros las enseñanzas de los grandes maestros de la ciencia, inculcando en vuestros espíritus el amor al estudio para que por medio de él adquirierais el necesario caudal de conocimientos y pudierais llegar a este momento feliz de vuestra vida que marca el principal jalón en los distintos caminos que vais a recorrer.

Medio siglo antes de ahora, se ha podido decir de esta tribuna a los que, como vosotros, llegaban al coronamiento de sus tareas universitarias, que egresaban de esta escuela con la armadura de los cruzados que iban seguros a conquistar el laurel de la victoria. Y no carecía de verdad esa afirmación que antes de ahora se ha hecho muchas veces a los jóvenes graduados, porque la vida en épocas anteriores no exigía del hombre inteligente mayor caudal de ciencia y de saber que aquel que se obtenía en las aulas de las universidades y mediante el cual se alcanzaba el título que acreditaba la idoneidad y la competencia.

El egresado de las aulas, dejaba entonces tras de sí, la huella de su aplicación al estudio, del éxito de sus pruebas y aún de la suficiencia de sus conocimientos, para lanzarse a la vida con la sola orientación que sus aspiraciones le marcaban y aplicar, en sus relaciones con los demás hombres, toda enseñanza adquirida en la universidad. Y con la simple adquisición del título profesional, se alcanzaban horizontes apetecidos desde la infancia y se llegaba, al pensar de muchos, a la meta de legítimas y justas aspiraciones.

Es que los tiempos de aquel entonces no exigían del hombre la acción amplia, incansable y fecunda que exigen los tiempos de ahora. La evolución de las sociedades y de los pueblos ha creado hoy necesidades de otro orden y los progresos de la ciencia provocan en la actualidad mayores actividades en el espíritu, mayor energía, mayor fuerza creadora, mayor lucha para abrirse paso en el camino ascendente de las felicidades y de las glorias que se persiguen.

El ejercicio de la profesión labra indiscutiblemente el bienestar individual, pero el bienestar individual aislado de todo otro sentimiento humanitario o de todo otro anhelo colectivo, resulta la expresión de un egoísmo perjudicial para los intereses de la sociedad, estéril para los intereses de los pueblos. Y el hombre, como vosotros sabeis, no solo se debe a sí mismo, sino que también se debe a los demás.

De ahí que yo no pueda deciros a vosotros, jóvenes graduados, que abandonais esta Casa con el suficiente bagaje de conocimientos para triunfar en las penosas luchas de la vida. Nó. El coronamiento de vuestros estudios universitarios, es apenas el título habilitante para que podais alcanzar horizontes de mayores amplitudes, para que podais iniciar, seguros del éxito, el estudio de los graves problemas que preocupan a las sociedades modernas y llegueis, mediante un amplio espíritu de solidaridad humana, a ser útiles a la sociedad, útiles a la patria y útiles a la humanidad misma.

Bien es cierto que el espíritu clásico de la enseñanza en nuestra universidad se ha modificado en estos últimos tiempos, encauzándose en las verdaderas orientaciones que determina la época actual; y que de la ciencia teórica, de la ciencia abstracta, diré así, nos vamos encaminando hacia el estudio de las ciencias positivas, de las ciencias experimentales, de las ciencias prácticas, que son las que agigantan el paso a medida que la humanidad avanza en el sentido de sus progresos y de su perfeccionamiento.

Pero con todo, estamos lejos aún de basamentar nuestra enseñanza universitaria en principios concordantes con las ideas científicas modernas, ensanchando sus horizontes y ofreciendo amplio campo al análisis y a la investigación.

“La labor propia de las universidades — ha dicho Gladstone — es, mientras conservan y cultivan todas las verdades antiguas, colocarse en las filas avanzadas de toda conquista moderna.

Y tiene que ser así, señores graduados, para que los que egresan de altas escuelas, después de haber realizado el ciclo de su aprendizaje, lleven en su espíritu las orientaciones que conducen hacia la realización de los grandes destinos, ya sea en el orden individual como en el orden colectivo.

Sin que perdamos de vista la tradición de esta Casa y sin apartarnos del espíritu clásico que ha palpitado y palpita entre las bóvedas austeras de sus claustros seculares, debemos contribuir a que se abra paso la idea nueva, el espíritu que mueve a

Las sociedades modernas, que determinan los adelantos de las ciencias, ya se trate de las grandes conquistas de la filosofía, del derecho y de la historia; ya de los descubrimientos de la medicina en el campo fecundo de sus investigaciones, ya de la sociología, de la ingeniería, de la mecánica, del arte, de la industria, y de todo aquello que cae bajo el dominio de la inteligencia, de la observación y del estudio.

“La historia de la filosofía — dice un distinguido miembro de la academia española — ha resultado la historia universal. La lógica creció al par de la mecánica; la metafísica al par de la física; el conocimiento de la naturaleza orgánica al par que el conocimiento de las facultades del alma; la geología al par que la historia; la fisiología de las plantas, de los animales y de los hombres al par de la fisiología de las instituciones, de las leyes y de los códigos. El árbol de la ciencia sube más allá de las constelaciones del cielo y ahonda en las profundidades del espíritu; pues si el universo material es como una condensación del eter el universo científico es como una condensación del pensamiento.”

Y para robustecer más, si se quiere, mis opiniones sobre la necesidad de ensanchar los horizontes de nuestra enseñanza universitaria, a base de las orientaciones del espíritu moderno, diré también como el ilustre académico que acabo de citar, “que así como no hay combustión posible sin oxígeno, tampoco hay ciencia posible sin libertad, y como no hay acción moral sin libre albedrío, tampoco hay idea científica sin libre investigación. De allí que nuestro siglo, sea el siglo de la difusión de la ciencia, porque nuestro siglo es el siglo de la libertad del pensamiento.”

No debeis olvidar por otra parte, jóvenes graduados, que en esta Casa concluye vuestra vida de estudiantes y comienza vuestra alta misión de ciudadanos en el seno de la sociedad y en el seno de la patria. Vais a tomar todos vosotros distintos rumbos, caminos inciertos, pero persiguiendo siempre la realización de los nobles ideales de vuestro espíritu.

Y mañana en la cátedra, en la banca de los parlamentos,

en la magistratura, en el gobierno, en la política, en la tribuna de la prensa, en cualquier posición donde llegéis a actuar, debéis inspiraros en ese amplio espíritu de libertad y de justicia que acerca a todos los hombres, que engrandece a todos los pueblos y que ha de ser, en tiempos no lejanos, la base definitiva de la paz y de la confraternidad humana.

Jóvenes graduados:

A los que como vosotros coronais con éxito brillante el final de los estudios universitarios, está confiada principalmente la tarea de labrar la grandeza de la patria.

El libro debe ser por siempre como lo ha sido hasta ahora, vuestro inseparable compañero, para que nutrais la inteligencia y tonifiquéis el espíritu, preparándoos así al examen y a la discusión de los trascendentales problemas en los que vais seguramente a intervenir, y habilitándoos para la aplicación de las enseñanzas que habeis recibido en esta Casa y de los conocimientos que adquirais fuera de ella con espíritu sereno y con la más clara noción de vuestros altos deberes y de vuestras graves responsabilidades.

Gladstone, cuando recibía con los brazos abiertos a su hijo que acababa de obtener su diploma universitario, le saludó en estos términos: "Os felicito porque este título implica el abandono del aula, para empezar recién vuestros estudios." Y bien, jóvenes graduados, antes de terminar este breve discurso, cuyas deficiencias sabreis disculpar con exquisita gentileza, yo deseo en nombre de la Universidad en cuyos claustros iluminasteis vuestras mentes con las claridades del saber, presentaros mis felicitaciones por la brillante terminación de vuestras carreras profesionales y mis votos por que el trabajo y el estudio estimulen constantemente vuestro espíritu, despierten en vosotros mayores energías y os hagan en todo momento útiles servidores de la patria y de la humanidad.

He dicho.

